

No te detengas

Ciro Gonzales



Image not found.

# Capítulo 1

No te detengas

El corazón le latía tan fuerte que parecía que de un momento a otro iba a estallarle el pecho.

No recordaba exactamente cuánto llevaba corriendo, pero sabía que no debía, que no podía parar. Una mezcla de miedo y frustración era lo que la impulsaba a seguir.

La oscuridad era casi total, y sólo podía distinguir el camino que tenía delante gracias a la poca luz de la luna que se colaba por entre las lóbregas nubes.

— ¿Dónde estoy?! ¿Dónde estoy?! — se repetía mientras avanzaba.

Los caminos que seguía no la estaban llevando a ninguna parte. Y ella lo sabía. Era como si estuviera dando vueltas en círculos, como si corriese en un enorme e infinito laberinto.

Sombras alargadas se asomaban entre la neblina. Viejos árboles inertes que se hallaban erguidos a lo largo del camino de piedra. La tierra a su alrededor, cubierta por hojas marrones y rojizas, despedía un olor leñoso y añejo.

Los árboles marchitos se iban perdiendo en la distancia a medida que avanzaba. Pese a haber estado corriendo mucho tiempo no sentía verdadero cansancio, sólo los rápidos latidos eran signo de su agitación. No se había percatado de la ausencia de fatiga, sólo tenía en mente la idea de seguir hacia adelante y no detenerse. Paso tras paso, rauda, corría entre las sombras.

La sensación que lograba percibir en todo su cuerpo era extraña, como si estuviera corriendo en cámara lenta dentro de una película insonora. Parecía como si los sonidos hubieran decidido marcharse de ese lugar. Los minutos pasaron lentamente en silencio, hasta que por fin en la distancia, logró distinguir una silueta borrosa. El corazón se le aceleró. Pero decidió seguir el camino que parecía llevarla hasta esa figura deforme.

A medida que se acercaba la nitidez se iba acentuando y la sombra comenzó a tomar forma. Siguió, hasta que pudo ver con claridad que se trataba de una vieja casa de madera, una cabaña desvencijada que se hallaba en medio de ese tétrico y olvidado bosque. El camino parecía rodearla, y no fue hasta que estuvo delante de la antigua construcción que observó la tenue luz amarillenta que salía de una de las ventanas

superiores y que iluminaba la entrada de la casa.

Corrió sin descanso hasta que estuvo en medio de la mortecina luz. Fue la primera vez que se detuvo y pudo ver cómo su pecho se elevaba y descendía con mucha rapidez. Pero no por el cansancio. Era como si su respiración estuviera agitada por la adrenalina, esa que invade el cuerpo cuando sentimos pánico.

Miro hacia la ventana indecisa. Algo dentro de ella le decía que debía subir pero al mismo tiempo negaba su cuerpo a moverse.

El presentimiento que sentía al final ganó la partida y lentamente comenzó a andar hacia la puerta. Con una mano cogió el oxidado picaporte y la abrió de golpe. Miró hacia el hondo vacío que había en el interior de la cabaña y se fue adentrando poco a poco en él. Su corazón seguía latiendo rápidamente. No dejaba de mirar en todas direcciones. Así estuvo algunos segundos hasta que lentamente sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad. Logró distinguir una tosca barandilla y unas escaleras. Se dirigió hacia ellas y comenzó a subir poco a poco, apoyándose en la pared.

Llegó hasta el segundo piso en donde sólo había un largo pasillo de paredes vacías y maltrechas que terminaba en la puerta entreabierta y descajada de la habitación de donde provenía la lánguida luz. Avanzó pausadamente. Su corazón comenzó a agitarse más. Su pecho se elevaba y descendía con más fuerza. El pasillo se le hizo eterno. A medida que avanzaba parecía alargarse. Después de algunos segundos que se le hicieron horas, llegó hasta la habitación. La luz amarillenta que se colaba debajo de la puerta le iluminó la punta de los zapatos. Elevó la mano para empujarla pero a medio camino se detuvo. Algo comenzó a presionarle el pecho. Una sensación, la sensación de ya haber estado ahí. Reunió la poca fuerza que le quedaba y terminó de subir la mano. Colocó los dedos en la madera y empujó lentamente. La puerta se abrió, despacio, y no fue hasta cuando estuvo completamente abierta que lo vio...

Sentado sobre la vieja y mohosa cama. El viejo levantó la vista hacia la puerta y ella quedó paralizada. En ese momento, lo recordó todo.

Recordó la cabaña. Recordó la luz amarillenta de esa habitación. Recordó el olor añejo y leñoso del suelo. Recordó al viejo. Recordó el miedo.

Bajó la vista hacia los pies del anciano. Se reconoció a sí misma tirada en el piso. Su largo cabello castaño revuelto. Sus ojos vacuos mirando la nada. Una marca purpúrea se había comenzado a formar alrededor de su cuello. El viejo había bajado la mirada para observarla nuevamente. A ella. Al cuerpo sin vida que tenía junto a sus pies. Al cuerpo que le había

pertenecido alguna vez.

Su corazón seguía palpitando con fuerza. Con mucha fuerza.

Retrocedió un paso. Dos.

Se giró.

—¡Tengo que salir de aquí!

Comenzó a correr.